

Libros



La espera (detalle), mixta/masonite, 2004.

Actualidad de Nietzsche o la vigencia del estremecimiento

Para el Dr. Ricardo Guerra
In memoriam.

Aunque nos pese, el pensamiento de Friedrich Nietzsche fue explosivo: sus obras dinamitaron la historia universal y la partieron en dos. Así, antes de él prevaleció la confianza en la razón y la verdad, en la ciencia, la ética y los valores, en la historia y el orden social y político, en la religión y Dios, en la fe y el progreso. Antes de Nietzsche, existía una esperanza en algo o en alguien y había una sed de seguridad que el hombre saciaba con cierta facilidad; prevalecía la creencia en que algo nos vinculaba y nos unía, y en que existía un centro, como señaló Gianni Vattimo, “[...] alrededor del cual se reúnen y ordenan los acontecimientos” (Vattimo, 1994: 10). Pero esta idea de unidad y certidumbre, de vínculo, semejanza y aplo- mo, Nietzsche la derrumbó.

Con el filósofo de Röcken se detonó una reflexión que tornó sospechoso al hombre y todos sus ideales. Con él emergió la desconfianza y se hizo evidente el nihilismo; esa extraña sensación que, traducida más en actitudes que en aportes teóricos, más en maneras de ser que en tomas de postura, mezcla la ausencia de convicciones con la crisis de todos los valores. Con el nihilismo florece la indiferencia y aparece la dispersión.

Sobre la vigencia de este pensador, Fernando Savater ha dicho: “Me parece evidente que uno no puede alimentarse sólo de Nietzsche, pero el pensamiento contemporáneo que le ignora o le rechaza padece irremediablemente anemia” (Savater, 2003: 10). Por eso, hoy, a más de un

centenario de su muerte y para evitar la desmemoria, aún resulta importante acercarnos a la obra de este pensador inquietante. Con ese propósito, Ricardo Guerra Tejada nos regala, en su libro *Actualidad de Nietzsche*, una aproximación a la vida y obra de este filósofo incómodo para muchos, pero esencial para quienes hemos hecho de la filosofía una profesión y todavía continuamos buscando en ella algo que alumbre esta vida que pareciera condenada a la tristeza y el empobrecimiento.

Así, en un texto dividido en cinco partes, el autor empieza por abordar a Nietzsche en su contexto, y a recordar la importancia que el pensamiento griego tuvo en su obra. De este modo, subraya que fue Parménides quien al proponer la inmutabilidad del ser asoció la verdad con la razón y rechazó la realidad a la que se accede por la simple experiencia. Al hablar de la *rotundidad* del ser y al decir que éste es imperecedero e invariable, Parménides enfatizó que carece de fundamento lo que los hombres piensen fuera de esa verdad. De este modo, al sugerir que el ser es infinito, perfecto y pleno, el filósofo de Elea buscó resquebrajar la idea de que la vida —y todo lo que hay en ella— es mutación, devenir, cambio.

Con Parménides, y posteriormente con Sócrates y Platón, se emprende la búsqueda de una verdad que se pensó estable, imperecedera y perfecta. Lejos quedaron —señala Ricardo Guerra— las propuestas del filósofo del fuego, Heráclito, el efesio, quien “encarna lo más profundo de la tragedia al negar el ser permanente como fundamento y afirmar el devenir y el transcurrir del tiempo como realidad última, pues todo lo que es existe en el tiempo”.

Heráclito hizo patente la naturaleza contradictoria de la realidad al señalar que ésta es una y múltiple, convergente y divergente; también, advirtió que los contrarios que vemos luchan pero no para destruirse, sino para generar armonía. Así, a diferencia de Anaximandro, quien consideraba injusto que un elemento prevaleciera sobre

otro, Heráclito afirmó que ello respondía a un orden del cosmos, en el cual las oposiciones se conjugan mediatizadas por la posibilidad y el tiempo. En este sentido, si, como afirma nuestro autor, Heráclito encarna lo más profundo de la tragedia, lo hace precisamente porque subraya que el tiempo es el fuego que nos hace arder y nos conduce.

Fueron Sócrates y Platón —dice el también autor del libro *Metafísica y ontología*— quienes dieron prioridad a lo racional y, con ello, a lo abstracto, lo inmóvil y lo inerte. De esta manera, “el ser es el concepto más frío que nada dice y niega la realidad y el proceso del cosmos y la historia”.

Justamente contra esta idea —inaugurada con los griegos y extendida a todo Occidente— que sostiene que el saber es algo estático, mentalmente representable, absoluto y perpetuo, Nietzsche se avalancha. Con él, advierte Ricardo Guerra, se gesta “la descripción profunda de un largo proceso histórico en que los valores, que desde Grecia antigua orientaban y dirigían la vida de los seres humanos: la verdad, la bondad, la belleza, la justicia y la fe en Dios, han perdido validez y sentido”.

Nuestro autor menciona también que el filósofo de Röcken, después de orientar su obra a partir del mundo griego, se preocupó en un segundo momento por la modernidad, la Ilustración y la ciencia; para, en una tercera etapa, anunciar el rechazo al cristianismo y la inversión de todos los valores, así como la superación del hombre y de Dios.

Guerra Tejada señala que la crítica que Nietzsche hace va dirigida a la historia de la metafísica de Occidente, y agrega que el nihilismo, asociado equivocadamente con la muerte de Dios, en realidad hunde sus raíces en el momento en que éste nace; es decir, en el instante cuando el ser humano le inventa. “El nihilismo se inició con la creencia en Dios”, sentencia el autor.

La invención de Dios es, simultáneamente, el nacimiento de una nueva posibilidad para el hom-

bre: *la vida eterna*. Nietzsche —afirma el autor de *Filosofía y fin de siglo*—, sin embargo, advierte que éste es un error básico, pues condena al hombre a la representación que emerge del lenguaje del que es cautivo. “El hombre imaginaba que poseía en el lenguaje el conocimiento del mundo y se consideraba superior al animal, pues expresaba en sus palabras el supremo saber”; pero, con Nietzsche, se hizo patente el autoengaño y se minaron los cimientos de una historia cargada de arrogancia y autocomplacencia.

Desde esta perspectiva, la fractura que el filósofo origina no sólo da cuenta de la muerte de Dios sino de todo lo que él representa: unidad, certidumbre, comunión, confianza, prosperidad, vida eterna, etcétera. Al proclamar la muerte de Dios, Nietzsche anuncia simultáneamente la dispersión y el desparramo, pues —como señala Foucault— proferir este desfallecimiento de Dios es declarar también el fin de su asesino (*Cfr.* Foucault, 1985: 373).

De este modo, si bien para muchos el autor de *El anticristo* es emblema de degradación, locura y resentimiento, lo cierto es que nadie había iniciado una crítica tan aguda contra el cristianismo como él. El cristianismo construyó, según Nietzsche, un mundo reflejo; un mundo que desvalora, falsea y niega la realidad. La negación de la realidad conlleva a la decadencia. Así, toda moral —pensará quien haga de Zarathustra portavoz de su filosofía— puede ser concebida como una falsa interpretación, como un síntoma, una enfermedad, un freno y un veneno.

Con Nietzsche se inaugura una pasión por el desencanto que aún hoy nos azora. De tal suerte, no la decadencia, sino la posibilidad de asumirla podrá situarnos por encima de ella; abrir la oportunidad de superarla y de que el hombre, con ello, vaya más allá del bien y del mal.

Guerra Tejada advierte que este filósofo no ha sido estudiado e interpretado lo suficiente. Sin embargo, si bien ha sido acusado de fascista y enemigo del Estado, profeta del derrumbamien-

to, sepulturero del cristianismo, apologeta de la fuerza y del racismo, Nietzsche es —pese a las críticas— “uno de los más grandes pensadores y escritores de su época”.

Por ello en el texto *Actualidad de Nietzsche*, el autor, además de enumerar las etapas por las que atravesó el pensamiento del filósofo, habla del papel que en él jugaron la cultura griega, la Ilustración y el Romanticismo. Asimismo, recuerda sus múltiples influencias: los presocráticos, Hegel, Marx, Schiller, Hölderlin, Kleist, Schopenhauer, Wagner... (gracias a los cuales, el pensamiento de Nietzsche se fue gestando gradualmente hasta convertirse en un estallido, un estremecimiento).

Fue Nietzsche quien advirtió —dice Ricardo Guerra— que reinaban en la filosofía “la ignorancia y la desvergüenza, la confusión y la desorientación”, y quien subrayó, hasta el cansancio, que la razón es un aditamento sombrío y caduco. Con él se inician los estertores de una inteligencia desarmada.

Detenerse en el pensamiento de Nietzsche, después de más de una centuria desde su muerte, le ha permitido a Ricardo Guerra revisar en la obra de éste su rechazo al idealismo y a la metafísica; y ahondar en aspectos centrales, como el eterno retorno y la voluntad de poder, la temporalidad, la liberación del hombre de las ilusiones, la enajenación y Dios, la idea del superhombre, la concepción acerca del arte, el pesimismo (al cual él mismo se opuso) y la decadencia (que intenta disfrazar de progreso el agotamiento).

En su obra, Ricardo Guerra estudia y recupera la valía de los fragmentos póstumos de Nietzsche, profundiza en la relación que este hombre estableció con Wagner y nos recuerda que fue un “filósofo sin elementos técnicoacadémicos, que mezcla la poesía y la reflexión”; un pensador, dice el autor, “en el sentido más radical”. Empero, enfatiza el hecho de que el propio Nietzsche no pudo escapar de la tradición y se vio condenado a hacer crítica de la metafísica desde ella misma, de suerte que no logró sustraerse de temas como “la relación entre el ser y

la nada, el ser y el devenir, el pensar y la totalidad de los entes o, en otros términos: el ente, lo uno, lo bueno y lo verdadero".

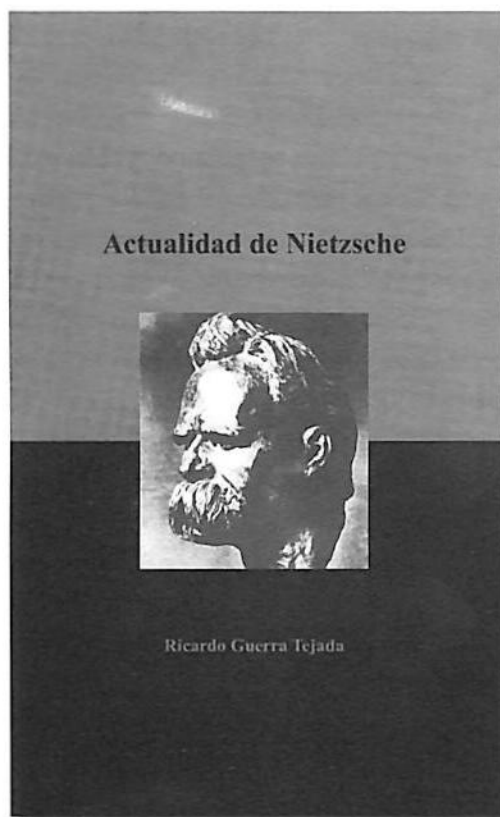
Al señalar que la historia de la humanidad está plagada de un narcisismo infecundo y un pensamiento estéril, Nietzsche manifiesta que la verdad es una gran mentira. Pero eso no basta. Para el autor del libro *Actualidad de Nietzsche*, los planteamientos de este filósofo alemán no representan el final, sino el principio de una tarea pendiente: *la superación del nihilismo*, que hizo de la nada un ente supremo.

Lo anterior entraña un esfuerzo mayor: el comprender que la ontoteología ha sido el fundamento del pensar. En este sentido, superar el nihilismo del que está preñada la metafísica de Occidente sólo será posible si aprendemos a dirigir la mirada hacia atrás para comprender su desarrollo. Así, para llevar a cabo tal propósito, será crucial volver a la filosofía presocrática a fin de encontrar en ella los elementos necesarios para reorientar un pensar que, aún hoy, parece descarriado.

Estudiar a Nietzsche resulta fundamental para entender una época incierta. Él, más que dar soluciones, más que brindar respuestas, planteó las preguntas que marcan el sendero de un pensamiento que está en marcha. Allí radica la actualidad de Nietzsche, en la vigencia del temblor y el escalofrío que aún provoca su obra. LC

BIBLIOGRAFÍA

- Foucault, Michel (1985), *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, México, Siglo XXI.
- Savater, Fernando (2003), *Idea de Nietzsche*, 5ª ed., Colombia, Ariel.
- Vattimo, Gianni, et al. (1994), *En torno a la posmodernidad*, Santa Fe de Bogotá, Antropos.



Ricardo Guerra Tejada, *Actualidad de Nietzsche*, México, Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del estado de Morelos, 2006.

LA COLMENA 54, abril-junio 2007.